

La Almudaina

DIARIO DE LA LUCHA SOCIAL Y NOTICIAS

La visita de S. M. el Rey a Mallorca



S. M. el Rey, acompañado del Capitán General y del Gobernador Civil, saliendo del Monasterio de Lluch



Rey y acompañantes militares desde el puesto de mando de la Bonanova, presenciando los ejercicios de tiro

COLABORACION

La higiene

...incómodo el tener ren... Confieso que no pue... como cosa agradable el... la suegra, no saludar a... dialogar con cierta ri... con agua bo da... de una vez le durmió... regazo. Pero al fin y a... contingencia, si se pre... arreglo: uno puede de... en su casa a su madre... el trato con los cuña... carinosamente a la... rogándole que no vuel...

mado especiala para que intervenga en la discordia y con sus saludables consejos nos lleve a una reconciliación. Muchas personas hay, que cual padres infortunados, no tienen más que quejas continuas. Soy débil—le dicen a sus amistades—. Mis pulmones son delicados, mi estómago es perezoso, el corazón no me obedece. Y con cara lúgubre recitan siempre la misma elegía. Sin embargo me atrevo a decir que han de encontrar no ya alivio sino hasta satisfacción si se dedican a leer una vulgarización, es decir, un Manual de Higiene. Estos Manuales de Higiene son para el Cuerpo lo que el Kempis es para el Alma. Si uno llega a compenetrarse bien con la Higiene, llegará a la conclusión de que es robustísimo, tan robusto que lo resistirá todo, menos, claro está, la práctica adecuada de la Higiene. El apurado lector se va enterando de las condiciones que necesitamos para la vida; lee, al mismo tiempo, los peligros del aire viciado, del agua impura, de los alimentos mixtificadas y de las demás condiciones de vida así como también de los millones de microbios que continuamente se lanzan a atacarnos.

En vista de todo ello el pobre lector llega a la conclusión de que no vive, que pereció por falta de higiene hace ya muchos años; trata de recordar la fecha de su fallecimiento, pero recuerda luego que tiene una cita con un amigo, o que debe un traje al sastre y este pequeño detalle le hace comprender que aún no ha fallecido. Se admira de ello y trata de comprender. De pronto sonrío satisfecho y como un padre orgulloso de sus hijos, olvidando las anteriores quejas no puede menos de exclamar: Es milagroso que viva, pero ello es debido sin duda a la excepcional robustez de mi organismo. Debo tener un estómago de hierro, un corazón de asfalto comprimido y unos pulmones de acero de Solingen cuando han podido resistir a tantos enemigos. Gracias a la terrible bravura de mis vísceras podré vivir siempre tranquilo. Y el pobre señor marcha satisfecho a tomar su café y a fumar su puro sin volver a quejarse jamás de sus interioridades.

Naturalmente que creo ya inútil indicar que la misión de la higiene ha terminado ya entonces. Sería exagerar la cuestión el querer seguir sus preceptos. Es fácil adivinar lo que le pasaría a cualquiera que quisiese luchar contra la infección y la intoxicación continúa que nos ataca constantemente en la ciudad. Después de haberse vacunado contra todas las enfermedades posibles debería esterilizarse cada hora para evitar otras enfermedades para las que no existe la inmunización y en este caso—la verdad—para hacer las cosas bien hechas deberíamos sumergirnos en un caldero de agua hirviendo y permanecer en ebullición unos diez minutos para matar las bacterias. Y aún sería conveniente repetir al día siguiente la misma operación como medida preventiva; no fuera cosa que hubiese algunos esporos.

Joaquín VERDAGUER

COLABORACION

Ocios dominicales

(Conclusión)

Vicente X. acababa de abrir su despacho. Muchacho de carrera brillante, había concluido su carrera de médico muy joven aún, y había salido seguidamente a perfeccionar sus estudios en Alemania. Recién llegado, y en pocos meses tenía ya una clientela numerosa que fué el mejor portavoz de sus éxitos, los cuales la multiplicaron de una manera fantástica. Por otra parte era hombre modesto. Modesto de posición y de costumbres. Sus padres habían gastado todos sus ahorros en proporcionarle la deseada carrera, y él había pagado dignamente aplicándose, algo por carácter y algo por alegrar a sus padres, a los cuales el ansiado título proporcionó más felicidad que al mismo Vicente. En pleno triunfo estaba éste cuando se conocieron. Y ya también en pleno idilio decidieron casarse. La única que puso el grito al cielo fué Francisca, la cual no podía nunca comprender como Maruja, tan bella y tan rica, quería casarse con un médico que no tenía un céntimo.

que tantas vidas había arrebatado a la muerte, sin que para nada le valieran sus largos conocimientos y sus muchos estudios. El dolor por que pasó Maruja, es inconcebible. Sintió como su alma toda se vaciaba. La había sentido llena a rebosar, hasta los huecos más íntimos y delicados; colmada todas sus aspiraciones, todos sus deseos; unida su vida a un hombre íntegro, virtuoso y bueno, que tuvo para ella desvelos de padre, delicadezas de hermano, amores de esposo tierno y enamorado. Le parecía como si su vida fuera truncada en lo más precioso, y precisamente cuando la felicidad abría, anchas y vaporosas, sus alas de blondas y sedas que la acariciaban y la mecían en un torrente de dulzura. Creyó enloquecer. Enfermó. Una larga fiebre la retuvo en cama muchas semanas, alestargada a veces, fuera de sí las otras y llamando a voces a su Vicente amado. Pero la cuidadosa y amante Francisca, con sus setenta años a cuestas, llena de achaques y reumas, no la dejó un momento y, al par que las medicinas, sus caricias y sus consuelos volvieron la salud a aquel cuerpo, dejando sólo dolorido e incurable el corazón.

¡La de comentarios que produjo la gacetilla de los periódicos al publicar el próximo enlace de aquella parejita cuyas relaciones eran casi desconocidas! Con la pobreza que había armado entre la gente joven la llegada del joven doctor, y con tantas mamás e hijas como existían que ya le contaban entre el número de los posibles. Y la boda, por deseo de los novios, se celebró con una sencillez encantadora. Una bella mañana del abril próximo, en el camarín del palacio de nuestra Morena de Lluch, sin más testigos que los familiares más próximos, entre los que no faltó Francisca que durante toda la ceremonia lloró a lágrima viva, el buen Padre Superior del Monasterio bendijo aquella unión implorando del cielo y sobre ellos toda suerte de venturas.

Y hétenos aquí, de nuevo, caro lector, al comienzo de nuestro relato. Dejamos a Maruja arrodillada cabe el lecho de muerte de Nuestra Señora,

después de haber lanzado un profundo suspiro, y como contenta de encontrarse sola en el dulce recogimiento de la santa capilla. Desde que sanó de la enfermedad producida por el dolor de la muerte de su esposo una idea fija en la mente la martirizaba, Maruja había sentido el vacío inmenso de una soledad en donde mismo tuviera un día todas sus ilusiones. Nada la distraía, nada la alegraba, y todo eran recuerdos punzantes para su corazón. Podía exclamar con el poeta

Un seul être vous manque, et tout est dépeuplé!

Y llegó entonces; una tristeza mansa y quieta, pero terrible, desoladora. Parecía que ya toda su misión había acabado en la tierra donde nada más grande de lo que había perdido, el amor de la madre y el amor del esposo, podría encontrar. Y se preguntaba porque quedaba aún sobre la tierra, si nada de común había entre la tierra y ella. Y el pensamiento de abandonarla, de despreciarla, la torturaba.

Cuando llegó la festividad de la Asunción, como tenía costumbre desde muy niña, se propuso no dejar ni un día de la octava sin hacer una visita a la Virgen de Agosto, su Patrona.

Y el día de la fiesta asistió a la misa mayor. Embebida estaba como siempre, en sus terribles pensamientos, cuando las voces temblorosas de las religiosas en el coro, la despertaron de su ensimismamiento, introduciendo en su alma un rayo de luz tenue y fino que la iluminó, dulce y suave, y abrió a sus ojos un horizonte que al primer momento la hizo estremecer.

La visita continuó todos los días. Al octavo, marchó de su casa decidida. Ya la vimos por la calle y en el templo. Rezó larga y fervorosamente, salió del templo, dobló a la derecha y se fué hacia el torno, tirando, decidida, del llamador. Una voz dulce y tranquila pareció salir de aquella oscuridad, y, a los pocos minutos, Maruja se hallaba ante una reja tejida de puas largas y finas, cubierta por un paño oscuro, tras del cual se adivinaba la silueta de una religiosa clarisa.

Han pasado dos años. De la iglesia de Sta. Clara sale una gran multitud, compuesta en su mayoría de señoras encopetadas, distinguidas y elegantes. Muchas de ellas van enjugándose unas lágrimas, mientras otras exclaman suspirando:

—¡Pobre Maruja, tan joven y tan rica! ¡Cómo si no hubiera podido volverse a casar!

Más lejos, en el fondo del patio, otro grupo de mujeres, menestralas y cria-

El humor ajeno



—Este pescado no está muy fresco, camarero.
—¿Quiere el señor un poco de hielo?
(De «La Petite Gironde», de Burdeos)

LA FILADORA

CASA DE CONFIANZA

Grandes Almacenes de Tejidos en Lanas, Sedas, Algodones
y toda clase de Artículos de vestir y viajar para Señora
y Caballero

Recibidas las novedades para

OTOÑO E INVIERNO

Tengo el gusto de poner en conocimiento del público inteligente, que esta casa tiene la exclusiva para la venta en Baleares, de los artículos de LANERIA y SEDERIA de la mejor fábrica de España en NOVEDADES de los Sucesores de Julio Puncernau de Sabadell y es la única que los expende en Baleares, actualmente cede una gran partida de los mismos a mitad de su valor.

No desperdicien la ocasión de comprar telas para ABRIGOS y TRAJES en calidades superiores a mitad de su valor.

Grandes surtidos en: Duvetin, Kashá, Charmelains, Otomanes, Popelín, Royal, Charmeses, Gamuza, Astrakán, Trajes punto para Señora, Jerseys, Pullovers, Suater, Renard, Echarpes, Mongolias, Pieles para adorno, Abrigos de piel.

Gran surtido en Pañuelos payesa $7\frac{1}{4}$ y $9\frac{1}{4}$

SASTRERIA y CAMISERIA A MEDIDA

Extenso surtido en: Gabanes, Capotes, Pellizas e Impermeables
Gran partida de mantas lana taradas
y defectuosas a muy bajo precio

EXPOSICION PERMANENTE

Visiten los escaparates y fijense en los precios

PRECIO FIJO: VENTAS AL CONTADO

65 S. MIGUEL 67, - Bajos de la Casa Alzamora

PALMA DE MALLORCA